

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Estudios históricos, por don A. P.—La Vuelta de las Aves (poesía), por doña Maria del Pilar Si-nués de Marco.—El Caballero de la Banda-Azul (continuacion).—Revista de Madrid, por Lázaro.—Modas.—Explicacion del Fi-gurín.—GRABADO: Figurin de Niños.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ELENA.

GRECIA.—JUVENTUD Y VICISITUDES DE ELENA.—LA RORA
PARIS.—ESPEDICION DE LOS GRIEGOS A TROYA.



A Grecia, cuya importancia seria nula si solo se considera-se su estension, es sin embar-go mucho mas célebre que los imperios de Asia y de Africa.

Situada en la parte meri-dional de la Europa, com-prendia varias provincias, cu-yas capitales eran el Peloponeso, la Grecia propia-mente dicha, la Tesalia, el Epiro, la Macedonia, y algunas islas.

La historia de los primeros tiempos de la Grecia, no es mas que un tejido de fábulas, á través de las cuales es casi imposible depurar la verdad. Se conje-tura que hácia los 1900 años antes de Jesucristo, Sa-turno, procedente de la Armenia, se estableció en Grecia, que los Titanes se revolviéron contra él y le ar-rojaron del trono, y que Júpiter, hijo de Saturno, reinó en la isla de Creta. Créese tambien, que mas tarde una grande inundacion sumergió los Estados de un prí-ncipe Scita, que gobernaba entonces el Atica y la Beo-cia. Colonias de egipcios, guiados por Inaco, invadie-ron la Grecia, é introdujeron en ella algunas de las

artes de su pais. Phoronea fundó ó engrandeció la ciudad de Argos, y otros hicieron varias fundaciones.

Otro egipcio, llamado Cecrops, se estableció en el Atica y fundó la ciudad de Atenas, emporio de las artes, 1382 años antes de Jesucristo (1). Cadmus llega á la Beocia y erige la ciudad de Tebas; y se cuen-ta que estos dos extranjeros enseñaron á los griegos el cultivo del trigo, del olivo, de la vid, y el arte de trabajar los metales preciosos.

Una especie de diluvio obligó á Deucalion, rey de Tesalia, á huir al monte Parnaso con su esposa Pirra. Eleno, hijo de Deucalion, se hace célebre y da su nombre á un pueblo poderoso, que domina casi toda la Grecia. Otro hijo de Deucalion, Anfition, instituye el célebre consejo anfitionico de las Termópilas, forma-do de los diputados de las doce principales ciudades de la Grecia, y en el cual se juzgaban las diferencias que se suscitaban entre los confederados. La re-ligion y el cuidado del templo de Delfos estaban bajo la proteccion de este consejo.

En estos tiempos, que se apellidan de barbarie y de ignorancia, hombres valerosos se lanzaron á la de-fensa de los oprimidos, tales como Hércules, Teseo, Perseo, Pirotus, Castor y Polus, colocados despues en el rango de los dioses por los servicios que prestaron, limpiando el suelo de la Grecia de los bandidos que le infestaban. Algunos de estos héroes, estimulados por el amor del botín, pretendieron una expedicion leja-na, que se llamó de Argonautas, por el nombre del na-vío que les conducia, y franqueando los mares, fueron guiados por Jason, rey de Tesalia, á robar al prínci-pe de Colchida los tesoros que poseia.

(1) En otras cronologias se establece la fundacion de Ate-nas en 1643.

Años despues, la saña de que estaban mutuamente poseidos uno contra otro los dos hermanos Eteoclo y Polinice, introdujeron el fuego en toda la Grecia. Eteoclo, hijo de Edipo, no quiso ceder á su hermano Polinice el trono de Tebas: Polinice arma contra él los siete jefes mas poderosos de la Grecia: encuéntranse los dos hermanos en el campo de batalla, y combaten con tal encarnizamiento que se matan.

Un suceso imprevisto enciende una guerra mucho mas larga; la guerra de Troya, que causa Elena, por lo cual y por su hermosura adquirió gran celebridad. Sus gracias y los dones con que la enriqueció la Providencia, fueron una calamidad para el mundo, aunque algunos personifican en ella la civilizacion antigua, la época de la prosperidad de Grecia.

Elena, hija de Tyndaro, rey de Esparta, comenzó á ser admirada desde su niñez por su belleza. Antes de la edad nubil fué robada y conducida á Atenas por el famoso Teseo. Restituida, no fué esto un obstáculo para que casi todos los príncipes griegos pretendiesen su mano. En tal conflicto, aconsejado su padre por el prudente Ulises, y á fin de prevenir la violencia de un nuevo raptor, convocó á todos los pretendientes al templo de Minerva, y les obligó bajo un solemne juramento, no solo á conformarse con la elección que hiciese Elena, sino á defenderla, y á su esposo, de cualquiera que intentase ofenderles. Todos los príncipes lo juraron, y quedó elegido Menelao, hermano del rey de Micenas, Agamenon, casado con otra hija de Tyndaro, la terrible Clitemnestra.

Tres ó cuatro años hacia que vivía Elena tranquila con su esposo, rey ya de Macedonia por muerte de Tyndaro, cuando arribó Páris, y le hospedó. Acompañado, ó no, de Eneas,—porque no es esto tan verídico como la realidad de Elena,—así que vió el príncipe troyano aquel prodigio de hermosura (1) enamoróse ciegamente; y tanta debió ser su persuasiva, ó tan poco firme la fé conyugal de aquella reina,

(1) Los escritores antiguos aseguran que carecía Elena de la mas pequeña imperfeccion fisica. Platon, Natal, Casaneo, el Niverniense, y otros muchos elogian su belleza: Nevizano dice, que reunía Elena las treinta cualidades que se requieren para que una mujer sea perfectísima en hermosura: Séneca, que Didymo, poeta y famoso gramático de Alejandria, dedicó dos de los cuatro mil libros que escribió á encomiar los atractivos de la reina de Esparta. Finalmente San Agustin nos refiere, que solamente Sycoro, poeta griego, osó disputar la hermosura de la hija de Tyndaro; pero que los demas finjieron que los dioses le habían dejado ciego en castigo, y no quisieron confesar que tenía buena vista hasta que pasó por la humillacion de cantar la palinodia.

que á poco se fugaron juntos, llevándose las principales riquezas de Menelao.

Segun los anales egipcios, dignos de crédito, no llegó Páris á Troya: contrariado por los vientos, le arrojaron á las costas de Egipto. Inmediato existia un templo consagrado á Hércules, con la inmunidad de libertar á los esclavos que le visitasen. Instruidos de esta circunstancia los esclavos de Páris, se acogieron y acusaron á su señor. Conducido éste y Elena á Ménfis, á presencia del Rey, le dijo éste:

—«Si no considerase como mi primer deber el no dar muerte á extranjero alguno de los que se ven obligados por los vientos á arribar á mi reino, vengaria en tí, ¡oh el mas malvado de los hombres! la injuria que has hecho á los griegos, cometiendo en el seno de la hospitalidad una maldad tan impia: yo te castigaria, porque no contento con haber profanado el tálamo de tu huésped, le robas á su mujer seducida por tus astucias; y ademas, insaciable en tus crímenes, huyes cargado con los despojos de la casa en que te se ha recibido. Sin embargo, como mas que nada me importa no tener que reprenderme la muerte de uno de mis huéspedes, me limitaré á impedir lleves á esa mujer y las riquezas de que te has apoderado, teniendo á una y otras en depósito hasta que se me pidan. En cuanto á tí, te concedo tres dias para salir de mis Estados.»

Salió, y fué á Troya, que sitió Menelao y tomó á los diez años; y como no encontrase allí á su mujer, dirigióse á Menfis, donde la recobró, y sus riquezas.

Tomando por asunto uno de los episodios de esta famosa guerra, la venganza que tomó Aquiles de Agamenon, por haberle robado éste una hermosa esclava, escribió Homero la Iliada, ese sublime poema, nunca bastante admirado, no tan conocido por la juventud como debiera, y del que daremos una ligera reseña que interesará á nuestras lectoras.

Troya ó Ilion, era una poderosa ciudad del Asia menor, no lejos del monte Ida. Reinaba en ella el viejo Priamo, cuando su hijo Páris atrajo sobre los troyanos la venganza de los griegos, que al ver el proceder de éste, equiparon todos los príncipes mil naves, embarcando cien hombres en cada una, y fueron á cumplir el juramento que prestaron al reunirse en el templo de Minerva.

Mandaba á todos Agamenon, rey de Argos; orgulloso, celoso de su poder, y entre cuyos hijos se contaban Ifigenia y Orestes. Iban ademas de jefes, el sábio Nestor, rey de Pilos: el prudente Ulises, favorecido de Minerva, rey de Itaca, esposo de Penelope y padre de Telémaco: el valiente y vengativo Aquiles, hijo de Tetis y de Peleo, á quien su madre hizo invulnerable, escepto en el talon, que fué donde le tuvo

agarrado al sumergirle en el agua. Siendo niño le propuso su madre que escogiera entre una larga vida sin gloria y una existencia corta, pero gloriosa, y obtuvo por lo último, decidiendo entonces el destino que moriría bajo los muros de Troya, cuya ciudad no sería tomada mientras él rehusase combatir.

Al ver su madre, la diosa Tetis, que se reunían los príncipes griegos, y que su primer cuidado sería estimular á Aquiles para que les acompañase, queriendo prevenir los decretos del destino, envía á su hijo vestido de mujer á la corte de Licomeda, en la isla de Sieros. Procúrase entonces descubrir su paradero, y sospechando Ulises el lugar de su retiro, marcha á él y oculta entre las joyas y dijes, que presenta á las hijas de Licomeda, armas de guerra. Al verlas, olvida Aquiles el papel que representa, desdeña los dijes y cogelas armas.

—¡Este es Aquiles! grita en seguida Ulises.

Y el hijo de Tetis sigue con alegría al rey de Itaca, pensando solo en la gloria.

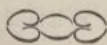
En segunda línea de los héroes, brillan también Ajax, Diomedes, Patroclo y Philoctete.

A la cabeza de los troyanos estaban los cincuenta hijos de Priamo, entre los cuales se distinguía Hector, el mas valiente de todos.

La escuadra griega se reunió en la Beocia; los vientos contrarios impidieron por mucho tiempo se diese á la vela. Cansados de su inacción, consultaron los príncipes griegos á Calchas, famoso adivino, para saber de él cómo había de aplacar á los dioses, y respondió que no obtendrían un viento favorable hasta que Agamenon inmolase ante el altar de Diana á su hija Ifigenia. Dúdase largo tiempo, porque era terrible sacrificar lo que había para él de mas querido en el mundo, y temia también la saña de su mujer Clitemnestra; hasta que convencido de que era imposible resistir á la voluntad de los dioses y á los clamores de los griegos, que se quejaban de permanecer tanto tiempo en la orilla del Aulís, consintió, no sin sentir el corazón herido, en ordenar la muerte de su hija. Pero satisfecha Diana sin duda de este acto de resignación, salva ella misma á Ifigenia en el momento en que el gran sacerdote iba á hierirla mortalmente, y sustituye una cierva á tan interesante víctima.

Soplan al fin los vientos favorables, hinchán las velas de la escuadra griega, y llega en breve á las riberas de la Troada, adonde la seguiremos en el próximo artículo.

A. P.



LITERATURA.

LA VUELTA DE LAS AVES.

Venid, mis dulces cantores
los de pintado plumaje:
venid; ya brotan las flores
y nido á vuestros amores
dará del bosque el follaje.

Venid, venid, que la fuente
deshace en perlas su hielo
al soplo del tibio ambiente,
y ya de azul transparente
se viste su manto el cielo.

Ya en su lecho de oro y grana
ostenta su disco el sol
al nacer cada mañana,
y en nubes de filigrana
se refleja su arrébol.

Venid; que día tras día
con tierno afán os espero,
para cobrar mi alegría
en la dulce melodía
de vuestro canto hechicero.

Porque vuestra amiga he sido
desque ví la luz primera,
y por mulliros un nido
mas de una vez me he perdido
siendo niña en la pradera.

Cuando la escarcha vestía
de cristal el valle umbrío,
á buscaros yo corría,
y grano y pan os ponía
sobre los hielos del río.

Y anhelaba la venida
de las aves africanas,
cuando en la estación florida
lloran su patria perdida
entre las rosas galanas.

Y eran mis amigos fieles
los pintados colorines
que anidan entre laureles,
y los lindos pajareles
que viven en los jazmines.

Venid pues, dulces cantores
los de pintado plumaje:
que ya renacen las flores,
y nido á vuestros amores,
dará del bosque el follaje.

Y aunque lejos de mi suelo,
aunque aquí lloro perdido
el verjel donde he nacido,
no se ha borrado mi anhelo
ni el amor que os he tenido.

Que cual antes, impaciente,
aun avecillas os llamo,
y en la márgen de la fuente
aun os contemplo riente,
y aun como entonces os amo.

Venid pues, dulces cantores
los de pintado plumaje:
que ya renacen las flores
y nido á vuestros amores
dará del bosque el follaje.

Volad, que día tras día
con tierno afán os espero,
para cobrar la alegría
en la dulce melodía
de vuestro canto hechicero.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Madrid, Abril de 1856.

EL CABALLERO DE LA BANDA AZUL.

(Continuacion.)

VII.

NUEVOS MISTERIOS.

Luego que el guerrero tuvo pertrechado á Cartaginés, armado de todas armas salió de aquel lugar, en el cual la Providencia acababa de castigar la mala intencion del anacoreta.

Colocaba sobre el dorado estribo su pié, cuando un hombre embozado en un tabardo se dejó ver á pocos pasos de distancia.

—¿Quién vá? preguntó el guerrero al recién llegado, al par que con su mano derecha asía la bien trabajada empuñadura de su larga y tajante tizona.

—¿Sois acaso el caballero de la Banda-Azul? preguntó el del tabardo deteniéndose en su marcha.

—¿Qué se os ofrece? replicó el caballero, desconfiando de aquel desconocido; razon por la cual no dejó su aptitud hóstil.

—Un mensaje reservado.

—Hablad.

—Sin testigos.

—Estamos solos.

—El ermitaño puede oirnos.

—No temais que nos escuche, y menos que nos interrumpa.

—Vengo á salvaros de un gran peligro.

—¿De qué peligro?

—El anacoreta quiere prenderos ó asesinaros, y se me encarga deciros que huyais inmediatamente de este pais.

—El anacoreta ha pagado con la vida su felonía.

—Tanto mejor, un inquilino mas en el infierno.

—¿Puedo saber el nombre de la persona que así se interesa por mí?

—Si me guardáseis el secreto os podría satisfacer, porque bueno es que sepamos el nombre de quien nos hace bien, para bendecirle.

—Vuestras palabras caerán en una tumba.

—Pues es doña Clotilde, hija del muy noble y elevado señor Sancho-Perez, marqués del Retamar, y Gobernador del inmediato Castillo de Maqueda.

—Me estais engañando! contestó poseído de sorpresa el caballero, y en cuyo acento era fácil conocer la impresion que sintiera al oír del hombre del tabardo los nombres de los personajes que este acababa de revelar.

—¡Caballero, podrá ser que yo esté equivocado, despues de cuarenta años que sirvo al señor marqués!

—¿Pues el ilustre capitán Sancho-Perez no mora en sus señorios de tierra de Valladolid?

—Segun vuestra pregunta, es seguro que la equivocacion parte de vos.

—Cómo?

—Hace un año que mi señor recibió la investidura de Gobernador del Castillo de Maqueda, como una prueba de la estimacion de nuestros reyes.

—¿Quién eres tú?

—Pero-Martin.

—¡Pero-Martin!! exclamó el guerrero cediendo instantáneamente á un impulso de júbilo, quien despues como si se hubiera arrepentido de esta natural exclamacion, guardó profundo y dilatado silencio.

Pero-Martin no sabia qué sospechar de todo esto, y como si hubiera querido penetrar los arcanos del misterioso guerrero á fuerza de estrujar su gorra de piel de nutria entre sus dedos, no dejaba de darla vueltas y mas vueltas, al parecer sin ningún éxito.

—Está bien, Pero-Martin; darás las gracias á tu señora de parte del caballero de la Banda-Azul; y si en este caso ha cedido á los impulsos de su

corazon, dila, que el corazon rara vez nos engaña; añadiendo, que mañana iré á besar su mano protectora.

—No hagais tal, pardiez, exclamó Pero-Martin.

—Por qué?

—Porque hay allí un D. Nuño, que envidioso, sin duda, de vuestras proezas, trabaja para que mi señor os cuelgue de la almena mas alta del castillo.

—No será así, mi buen Pero, y esto diciendo se lanzó con gentileza y prontitud sobre su ya impaciente Cartiginés.

—Adios, adios, Pero-Martin, quiera el cielo me sea fácil algun dia premiar tus buenos servicios. Adios, hasta mañana.

Acto continuo arrimó el acicate al fogoso bruto y desapareció en el encinar.

Pero-Martin, confuso con el lenguaje del caballero, mucho mas confuso con la determinacion de Banda-Azul de presentarse en el castillo, se retiró de aquel sitio, no sin descubrir sus grises cabellos, y de inclinar su rodilla derecha al pasar por la puerta de la ermita.

Momentos despues solo se percibia en aquellos montuosos y solitarios parajes el imponente bramar de los aguileones, que parecia aumentar lo oscuro y tenebroso de la noche.

VIII.

EL ABRAZO.

Impaciente habia visto correr D. Nuño las primeras horas de la mañana sin que llegase el deseado cenobita con la sangrienta ofrenda que prometiera llevar al Castillo de Maqueda. Inquieto se paseaba de una á otra almena, ínterin sus miradas de fuego y desesperacion se encaminaban al inmediato bosque del encinar.

Eran las ocho de la mañana, y los rayos de un templado sol de invierno al estrellarse contra la luciente armadura de un jinete que se acercaba al castillo, hacian despedir hermosos fulgores, que á mas de tres tiros de ballesta pudo muy bien observar el alférez D. Nuño. Algunos minutos despues él mismo pudo distinguir al guerrero, que armado de todas armas, de luciente arnés y azulado penacho, deteniendo su negro corcel á treinta pasos del puente levadizo, empuñando su trompeta de marfil pidió *parlamento*.

—¡Este hombre es Banda-Azul! exclamó D. Nuño sorprendido con la presencia del caballero, y celebrando que la presa que tanto codiciaba viniese por sí sola á la red.

Veloz corrió á dar parte á Sancho-Perez de esta notable novedad, quien ordenó se bajase el puente y

se dejase entrar al guerrero que deseaba ver y castigar.

Pobláronse instantáneamente de soldados, escuderos y doncellas las almenas, y los torreones que daban comunicacion al campo y al patio grande.

La jóven Clotilde, acompañada de su dueña, observaba desde las encubiertas celosías de su ajimez todo cuanto pudiera tener lugar en el patio. La encantadora niña habia pasado una noche de inquietud, á causa de haberla manifestado Pero-Martin los proyectos de *Banda-Azul*; así es, que tan luego como doña Beatriz la anunció la llegada del caballero, se apoderó de todos sus miembros una convulsion general, mientras su corazon palpitaba con violencia á impulsos de las encontradas afecciones que en el mismo se desarrolláran. Trémula, pálida, y sostenida por el brazo derecho de su dueña, esperaba en el ajimez la llegada del guerrero, por quien hacia tiempo, y cediendo á los reservados impulsos de su alma, habia sentido *simpatias*, que se desarrollan de un modo inesperado en favor de un sér, que conocido ó no, dejan en el corazon profunda huella; y sobre todo en el de la mujer cuyos presentimientos rara vez salen fallidos.

Corriéronse al fin las cadenas del puente levadizo, cedieron los dobles pestillos de la fuerte puerta de encina, forrada en chapas de hierro, y el choque de las herraduras del *Cartaginés* atrajeron la muchedumbre al patio grande, en donde el caballero se arrojó á tierra. Su apostura guerrera, su agilidad en desmontar, lo rico de sus armas y su talla elevada y majestuosa, arrancaron la admiracion de todos los que le observaban. Clotilde, cada vez mas trémula cual agitada, sintió á la vista del caballero una misteriosa y grata sensacion, que solo apercibe con su delicado sentir la mujer á la vista del objeto predilecto de su corazon, sensacion mucho mas grata y dulce cuanto mas ignorado y en reserva está su amor. ¿Pero era amor lo que Clotilde sentia á la vista del misterioso y desconocido caballero?... ¿Quién puede responder? ¿Quién penetrar los recónditos impulsos del alma pudorosa de la encantadora jóven?... Mas sí, la *banda azul* que distinguió la castellana sobre el arnés del caballero, nos descubre los impulsos de la vírgen de Maqueda; ella está convulsa, sus ojos se humedecen, su pecho se comprime, su imaginacion se ofusca, se trastorna, y cae al fin desmayada en los brazos de doña Beatriz, que secundada por las doncellas conducen á la jóven á su lecho!... El color *azul* es el color favorito de Clotilde, la banda del guerrero era de este color; sin haberle visto habia sentido la hija de Sancho-Perez *vivas simpatias* por el incógnito caballero, hoy al reconocer su banda se desmaya, murmura un *nombre*, *nombre* no pronunciado acaso delante de nadie, pero que sin duda á cada segundo ha repetido y murmu-

rado la niña, y que ha conmovido su tierno corazón!... ¿Amor desgraciado tal vez?... respetémosle siendo así, *harto sufre quien adora y calla!*

Un paje tomó las bridas del hermoso corcel, en tanto que dos escuderos acompañaban á una antecámara á *Banda-Azul*, en la cual un maestre-sala le pidió noticias para anunciar al gobernador su llegada.

—Decid á vuestro señor, repuso el caballero, que mi misión es reservada.

Segundos despues, los jefes que acompañaban á Sancho-Perez se retiraron, saludando á su paso al guerrero, quien con marcial inclinacion devolvió las atenciones que se le ofrecían. Solamente D. Nuño pasó sin saludarle, falta de urbanidad que atribuyó el caballero á mera distraccion.

Banda-Azul apareció al fin ante el respetable gobernador de Maqueda, haciendo una ligera inclinacion, echando mano á su luciente casco, que no quitó de su cabeza, y cuadrándose en seguida como alta muestra de respeto á Sancho-Perez.

Bien fuese por la fama que precedía á *Banda-Azul* por todo el país, bien porque su gallarda presencia gustase al gobernador á primera vista, es la verdad, que á pesar de su prevencion hostil en el saludo, y en el semblante, demostró no era mal recibido el vencedor de la sangrienta tribu morisca, y el batallador contra Hernan-Carrillo.

—Os escucho, dijo despues el padre de Clotilde con acento grave y adecuado á su posicion, pero mezclando al eco de sus palabras la dulzura de un sugeto que manda con benevolencia.

El desconocido por toda respuesta alzó la calada visera, y arrancando el acerado casco de su cabeza dejó ver al gobernador su faz morena y juvenil, los hermosos rizos de su bigote, y sus luengos y negros cabellos.

—¡¡ Fernan !! ¡¡ Fernan !! gritó el anciano Sancho-Perez levantándose con la agilidad de un joven, ébrio de alegría, y dando algunos pasos hácia *Banda-Azul*.

Este siguió su ejemplo, y cayó arrodillado á los pies del marqués.

—Perdon, señor, perdon! murmuró con voz balbuciente el apuesto caballero.

—Perdon!... por qué?... Alza del suelo, que no es esa la postura que conviene á quien salvó mi vida en Toro y Zamora, y libró á mi hija de la deshonra de un malvado. ¡Dios mio, prosiguió, y queria yo castigar á uno de mis mejores soldados y leales servidores!... Yo soy, Fernan, quien debiera pedirte perdon!...

—Señor, os hice una ofensa abandonando hace cinco años vuestro palacio de Valladolid.

—Pues bien, esa falta está remediada con tu regreso, repuso el gobernador abriendo sus brazos al guerrero, á quien pocas horas pensaba colgar de una de las almenas del castillo.

De este modo el castigo se tornaba en un abrazo de amistad.

(Se continuará.)

FELIX MONTERO MORALES.

REVISTA DE MADRID.

—Señor Revistero?

—Qué me manda usted, señora?

—Deseo que me cuente Vd. algo. No parece sino que Madrid es un cementerio, donde solo reinan el silencio y la soledad, segun lo callado que está Vd. hace algun tiempo.

—Ay señora! si callo es porque en la corte suceden muchas cosas que no pueden decirse; otras que no deben contarse, y otras, que aunque se dijeran no se creerian. Pero puesto que Vd. se empeña en que hable, hablaré: pregunte Vd., que mi contestacion no se hará esperar.

—Pues bien, dígame Vd. qué hay de teatros.

—Con mil amores. En el coliseo del *Principe* se ha puesto en escena un drama de vuestro conocido poeta y amigo mio D. José María Larrea, titulado *La Duda*, que ha llamado justamente la atencion del público. El pensamiento filosófico que predomina en esta obra es digno de que Vd., señora, se fije en él. Las rápidas evoluciones porque ha pasado la sociedad moderna, el tránsito continuo de un lado á otro; la fiebre del deseo, que en el espacio de poco mas de medio siglo ha devorado instituciones, costumbres, sentimientos, ilusiones, todo ha engendrado, ó mejor dicho, ha hecho crecer en el alma de la generacion actual un vicio horrible, que es al mismo tiempo su verdugo: *la duda*. Nosotros que hemos visto caer y alzarse tronos como se hunde y levanta la ola marina empujada por la tempestad, *dudamos* en política; nosotros que hemos visto ayer en boga el romanticismo, es decir, la exajeracion del sentimiento, y hoy en auge el positivismo, que es la exajeracion de la indiferencia, *dudamos* de la verdad de las afecciones humanas, sujetas al capricho de la moda; nosotros que en literatura hemos presenciado el combate de todas las escuelas, sin grandes resultados para el desarrollo del ingenio, *dudamos* de la literatura; nosotros, en fin, que vivimos en medio del caos, contrariados por todos los sistemas, arrastrados por el vértigo de todas las utopias, confundidos entre todas las verdades y todas las mentiras, viendo levantarse ahora lo que antes estaba caido, y caer hoy lo que ayer parecia inmortal, *dudamos* de todo, del bien y del mal, de la sociedad y de los

hombres, del porvenir y del presente, ¡y dichoso aquel á quien el demonio de la duda no le hace desconfiar hasta de la gloria eterna! El señor Larrea ha pretendido combatir este espíritu de desconfianza que nos domina, y que es hijo legítimo del trabajo analítico del siglo; ha demostrado que es necesario tener fé, que vale mas engañarse que estar esperando constantemente el engaño; que no todo lo que parece malo lo es, que no se han agostado en el corazón del hombre las buenas semillas. El drama del señor Larrea está bien escrito; su versificación es fluida y sonora, nutrida de pensamientos bellísimos y hábilmente combinados. El público aplaudió con justicia y llamó al autor á la escena.

—Mucho celebro que nuestro poeta haya obtenido este buen éxito, y aprovecho esta ocasión para manifestárselo, ¿pero no ha habido mas novedades teatrales?

—Sí señora, se ha representado asimismo en el *Circo* una comedia del Sr. Hurtado, titulada *El Arbol torcido*. Esta produccion, escrita con la maestría con que el señor Hurtado sabe escribir, está sin embargo, como obra dramática, muy por debajo de las que del mismo autor conocemos. La fábula es sencillísima, y no muy bien conducida; el acto tercero es débil, si bien en el primero y segundo hay rasgos de primer orden. También en ella se censura un vicio muy común en nuestra época, que todo lo invade y trastorna. Esa vaguedad de nuestras inspiraciones, esos deseos inmoderados que en nada se fijan, ese quererlo todo y no contentarse con nada; esa vacilación en nuestros sentimientos y costumbres, son las faltas que se propone combatir el señor Hurtado. La comedia fué oída con agrado, y en algunas ocasiones con razon aplaudida.

En el teatro de la *Zarzuela* se puso en escena la noche del 12 una en dos actos, titulada *Un Sobrino*, debida á la pluma de un conocido escritor. El éxito de esta produccion fué mediano.

—¿Y no me dice Vd. nada del *Teatro Real*?

—¡Pues no faltaba mas, señora, que yo guardase silencio sobre este coliseo! Como despedida por esta temporada se han cantado en él *La Lucrecia* y *la Norma*, con no poco lucimiento. Nunca hemos visto el teatro tan concurrido, ni tantas hermosas entusiasmadas, ni tanto lujo, ni tanta satisfaccion. ¡Lástima que el señor Urries se haya decidido á cerrar tan pronto este año el régio coliseo!

—Muy bien, señor Revistero. Ha cumplido su misión, y me ha enterado Vd., como era de su deber, de todo cuanto ha ocurrido en los teatros de Madrid. Ahora, dígame Vd. algo de paseos, bailes, fiestas, y me daré por satisfecha.

—¡Ay señora! ¿qué quiere Vd. que la diga acerca de los paseos un pobre misántropo como yo? Yo no

voy al Prado, no bailo, no me divierto. Mi vida es un continuo *esplin*. Solo cuando hablo con Vd. mi corazón palpita alegremente; parece como que la vida vuelve á mí, y me creo regenerado. ¡Regenerado! digo mal; no es esta la verdadera espresion. Siempre que con Vd. discuto resucito, porque yo soy Lázaro encerrado en el sepulcro de sus propias penas....

—No siga Vd., amigo mio. Sepa Vd. que me desagradan mucho los llorones. Si Vd. sufre, cálleselo, que nadie se lo pregunta. Los dolores ajenos jamás interesan, y sobre todo nada tienen que ver con las *Revistas de Madrid*.

—Agradezco la leccion, y me despido de Vd. hasta otro día. A los piés de Vd., señora.

—Beso á Vd. la mano.

LÁZARO.

Si como artista ha cautivado Mr. Herz á cuantos le han oído tocar el piano, sus prendas y fino trato han merecido igualmente el aprecio de las personas que le han conocido de cerca, dejando muy gratos recuerdos en las familias que ha frecuentado. Entre otras casas visitadas por Mr. Herz, lo ha sido la del señor don Antonio de Echenique, en la que la primera noche tuvo ocasión de oír á su simpática y linda hija, jóven que acaba de cumplir diez y seis años, tocar con su actual profesor, el entendido señor don Juan Bautista Frontí, el gran duo, á dos pianos, composicion del mismo Herz, sobre motivos de la *Donna del Lago*, cuya música le pareció tan bien interpretada y tocada con tal seguridad, que no pudo menos de admirar los precoces adelantos de aquella niña, y la acertada inteligencia artística de su preceptor. Los concurrentes tuvieron el gusto de que haciendo Mr. Herz una escepcion á su habitual costumbre, se sentase al piano y tocase el andante de su quinto concierto. La señorita Echenique, vencido el temor que le habia producido la presencia de tan célebre artista, tocó sola una composicion de Prudent, titulada *La Danse des Fées*, y acompañada del señor Frontí, el gran duo á dos pianos sobre motivos de *Robin de Bois*, ejecutando ambas piezas no solamente á satisfaccion de los concurrentes, sino del mismo Mr. Herz, que quedó agradablemente sorprendido de la precision, exactitud y brillantez con que la jóven é interesante pianista interpretó aquella música.

En prueba del aprecio particular que hacia del talento músico de tan amable señorita, se colocó por segunda vez delante del piano y tocó su gran *Galop brillante*, que dos dias despues hemos oído en el segundo concierto del Régio Coliseo, regulando además á la señorita de Echenique un ejemplar de la misma obra, ofrecida con espresivas y galantes frases, consignadas por su propia mano, en la primera página de la obra.

MODAS.

La Moda se nos presenta, amables lectoras, fresca y engalanada como el hermoso mes de Mayo: los almacenes ostentan entre cristales las novedades mas seductoras.

En cuanto á telas para vestidos, continuando las ricas disposiciones de grandes dibujos y las de volantes, el género que predomina es el grós chiné, y mas elegante aun, el muaré chiné. Entre los muarés, los mas distinguidos son los que llevan disposiciones jaspeadas para caídas: el fondo del vestido puede ser de todos colores: el mas vistoso es el verde esmeralda.

Para traje de *negligé* hay, como tenemos ya dicho, infinitas telas de cuadritos, dibujos menudos, ó listas atravesadas: como estos vestidos no son sino para todo traer, por lo general se hacen sin volantes.

Las disposiciones de caídas, si el corte no las tiene á propósito, nada mas fácil que componerlas cada una á su gusto. Por ejemplo, á una falda de grós liso, marrón ó gris, se le puede poner las listas á los costados de muaré color de rosa, verde ó negro: pueden hacerse tambien estas caídas de volantes pequeños, que suban en disminucion, y adornados de fleco, blondas ó bellotitas de seda ó de azabaches. Serian de muy buen efecto sobre falda negra caídas de muaré azul *sáfr*, que es un medio entre el turquí y el celeste, atravesadas por tiras de terciopelo negro, sostenidas á los lados por bellotitas de azabache. En los vestidos de doble falda estas caídas deben ponerse en la segunda. Para telas ligeras el mejor de estos adornos es el de volantes pequeños y muy rizados, puestos en escala como llevamos dicho. Algunas ponen este guarnecido en una y otra falda.

Como estos adornos son bastante complicados y algo embarazosos para verano, creemos que los volantes continuarán, y alguna modista de tono prefiriere poner dos en lugar de tres ó cinco.

Los cuerpos de cintura redonda aunque se van generalizando, no lo suficiente para desbancar á los de aldeta: unos y otros continuarán. La Moda es bastante acomodaticia, y cierra los ojos á las infracciones de sus leyes, cuando no pasan de lo permitido.

Mucho se habla de cuerpos escotados, pero hasta ahora continúan llevándose altos.

En las confecciones, con cuyo nombre se designa, como saben nuestras lectoras, todo lo que reemplaza al chal ó la manteleta hay cada dia mas variedad. Para señorita, las mas distinguidas son las de hechura de chal, con doble punta, guarnecidas de volantes ó de flequillo.

Las mangas se llevan todavia de uno ó dos hue-

cos, y algunas de un solo volante ancho. Hemos visto un modelo de manga ancha, plegada de alto á bajo. Lleva un puño, y en la parte alta una especie de toquilla, plegada en la pegadura de la manga, con otro frunce mas abajo para que figure hombrera. La punta queda suelta, formando abanico sobre el codo.

AURORA PEREZ MIRON.

Explicacion del Figurin.

MODAS DE NIÑOS.

FIG. 1.^a *Traje de niña para la primera comunión*.—Vestido de muselina de dos faldas, llevando cada una tres jaretas á su conclusion: gorra blanca con rizados de tul-blonda: velo de muselina.

FIG. 2.^a *Marinero*.—Camisa muy floja con rizados de batista, entredoses bordados, y puños y cuello vueltos y bordados tambien. Falda y chaquetilla de poplin gris, adornada la orilla de la chaqueta, así como la vuelta de la manga, por una hilera de botones de pasamaneria del mismo color; cinturón rosa con lazo al lado izquierdo y cabos largos. Botitas del color del traje y sombrero de paja con cinta negra.

FIG. 3.^a *Joya*.—Vestido de piqué blanco, adornado de galones y botoncitos, y guarnecidas la berta y aldeta por tiras bordadas á la inglesa.

FIG. 4.^a *Margarita*.—Traje de glassé gris perla, de doble falda: cuerpo alto y cerrado con tirantes, y manga ancha formada por una guarnicion: tiras anchas rosa, y un fleco del mismo color adornan la falda de encima, los tirantes y la manga: cuello parisien, pantalon bordado y botitas del color del traje.

FIG. 5.^a *Fernando*.—Blusa de piqué de color de mahon, adornada de blanco: cuello y mangas interiores liso: pantalon blanco y casquete-Fernando.

FIG. 6.^a *Graciosa*.—Falda de poplin de cuadros. Chaqueta ó abrigo de glassé negro, ocupando toda la aldeta, así como la hombrera y vuelta de la manga, rizados de cinta de gasa. Sombrero de castor con pluma, y debajo del ala lazos con cabos flotantes.

FIG. 7.^a *Irlandés*.—Traje de piqué azul, adornado con cinta labrada y botones del color del vestido: la manga es ancha con puño vuelto y hombrera: el cuerpo muy plegado con aldeta. Botas azules y gorrita irlandesa.

